

ENRIQUE FERNÁNDEZ MORALES<sup>1</sup>

DIEZ MINICUENTOS SOBRE LA MUERTE

1

**D**esde el suelo le dijo la acusadora: Nadie te quiso nunca, ni tu madre. Cargué con vos y tus vicios, soportando indolencias. Con este machetazo que me has dado “se acabó quien te quería”.

2

Temía que viniera, y aguardaba temblando. Detrás del icaco alumbró el fogonazo. Alzó los ojos y “se quedó viendo para el icaco”.

3

Peligroso el trabajo en zanja angosta y honda. Al llegar con la pala se acordó de su pena y se tiró a matarse. El capataz dio órdenes: “Al que por gusto muere, que lo entierren parado”.

<sup>1</sup> Primer archivero de la literatura nicaragüense (1918-1982) fue además escritor, compositor, dibujante, educador, crítico de arte y coleccionista. Jorge Eduardo Arellano organizó, seleccionó y prologó *Morir por la belleza. Antología* (Managua: Centro Nicaragüense de Escritores, 2015).

4

Deseperado compró el mecate, lo anudó a su pescuezo como una corbata y se subió a la rama sobre un balde roto. Luego deportivo, “pateó el balde”.

5

Era miedoso como todos los indios. Bajos la voz, los ojos y las manos, achumicado, escurriéndose para no hacer bulto, sin protestas de ofensas e injusticias. Un domingo en los gallos se pegó una juma padre y comenzó a gritar lo que hubo embuchacado por muchos tristes años. Lo clavó al suelo la bayoneta tan largo era, tan estirado, que “estiró los caites”.

6

A los noventa años. Tempraneó con los gallos a cocinar la merienda para que marido, hijos y nietos madrugaran comidos al trabajo. Después del patatús, calentureando tembeleque, se levantó a cocer tibio y frijoles; y pelando guineos sintió el patatús y “peló el verde”.

7

La Hilaria fue siempre corazón tierno. Prodigó ternuras a jalones, queridos y chivos; a comadre y a sus críos. Por último, a gatos, loros, micos, sustituyendo especies en su cariño. Muy viejota se le reventó el corazón. Vecinos dijeron compadecidos: “Muerta la Hilaria y sin que nadie la lllore”.

8

Después de acertar al hoyo, preguntó el indio; “¿Cuánto?” Y este le contestó que un real. Lanzó el real al aire; disparó el rifle; “Ahí tenés un real con hoyo”.

## 9

Después que decidieron construir el cementerio y no enterrar a los muertos en carreta ni iglesia, plantaron la alameda de mangos para que diera sombra y mangos. Pasaron los años y nadie se moría. Florecían los mangos y no daban cosecha. La gente murmuraba que era falta de cuidado. La primera cosecha fue cuando murió el primero. Por acuerdo general, se había ido “a cuidar los mangos”.

## 10

Decidido al despendio, se quedó en caer con cinco tusas su primera quincena de vendedor de raspados por las llantas de hule. El acreedor taxero lo atropelló un día antes. Fue así como “entregó los tenis”.



© *Basílica de San Stefano. Gerardo Piña-Rosales, 2016*